

I — Un parecido

C IERTAMENTE habéis leído, días pasados, en los diarios, la muerte del Conde Miguel Steno, que sucumbió la semana pasada en una colisión de automóviles, al ir de Mestre á su villa de Friul. Esta noticia no habrá sido para vosotros más que una gacetilla del orden más corriente. Para mí, ha evocado una imagen tanto más impresionante cuanto que el carácter trágico de este accidente contrastaba más con el recuerdo que de él conservo. He contado en otra parte (1) una de las aventuras de este italiano encantador con el cual estuve relacionado estrechamente en Venecia, su patria, en Roma, en San Moritz, en Madrid. — En este último punto me hallé con él durante la deliciosa primavera de 1886,

O gioventú primavera della vita !
O primavera gioventú dell'anno ! (2)...

Y por fin en París. Estos nombres de ciudades simplemente colocados en esta forma, uno al lado de otro, revelan claramente los gustos cosmopolitas de este hijo de los Dux, al que hubierais tomado, de encontrároslo, por un inglés de alta esfera, y con esto le hubierais proporcionado el más ingenuo y más vivo de los placeres. En el fondo, en los repliegues de su alma, Miguel estaba apasionadamente apegado á los usos de su tierra, como todos los italianos. Pero, como todos ellos también, expe-

(1) Véase la « Segunda muerte de Broggi-Mezzastriz » en el presente volumen.

(2) ¡ Oh juventud, primavera de la vida, ¡ oh Primavera, juventud del año !...

rimentaba un terror mórbido, casi una *fobia* del provincialismo, un deseo exacerbado de participar de esta gran vida europea de la cual la Península ha permanecido mucho tiempo como excluida. Esta furia de europeización, que Mazzini fué el primero en formular, en política, es el rasgo dominante de la Italia moderna. Sus vastos esfuerzos colectivos llevan el sello de esto tanto como las pequeñas ambiciones individuales de cada cual. Al querer que el conde Steno estuviera *a casa*, en el *Círculo de la Unión* de París, en el *Turf* ó en el *Traveller's* de Londres, en el *Veloz* de Madrid, en la *Cascia* de Roma, Miguel realizaba este programa patriótico á su modo. Sin duda, esta nueva dirección del alma italiana residía en la misma naturaleza de las cosas. Pero cómo no echar de menos el fuerte sabor local de antaño? Cuántas veces pensé, por ejemplo, al tratarme con este Steno elegante, que había deformado su tipo *cosmopolizándole*? Sin embargo le quería, precisamente á causa de los rasgos muy venecianos que discernía en él. Bajo el anglómano, distinguía yo al patricio que hubiera sido en el siglo XVIII, el Magnífico, aficionado á las voluptuosidades delicadas, tal como aparece en las pinturas de Guardi y de Longhi, ó bien en las memorias del genial rufián Casanova. Tenía de ellos ese yo no sé qué delicado y noble, hasta en la galantería; una especie de lentitud, como serenidad aristocrática, hasta en la pasión. Con su bella apariencia de retrato antiguo, á lo Ticiano, ó mejor á lo Morone, tuvo muchas aventuras. Sus éxitos con las mujeres no le hicieron vanidoso ni vulgar, como tantas veces ocurre. Es que había sabido *pensar sus placeres*. Me acuerdo de él sobre todo en las largas noches de esta primavera matritense á la cual aludo. Se abandonaba á hacerme confidencias, me contaba entonces esas anécdotas significativas por las cuales daría yo con gusto muchas novelas célebres. Hay en las cartas de Stendhal una frase que caracteriza graciosamente esta conversación de ciertos seductores: « Se admiraba en él multitud de ideas finas y justas, cuando se hablaba de mujeres. *Las conocía, porque había tenido necesidad de agradecerles y de engañarlas.* » Yo quisiera relatar una de sus anécdotas. Caracterizan con bastante exactitud el género de espíritu y la sensibilidad de este original personaje.

Y luego ilustra una teoría que le era muy querida — ha vuelto sobre ella muchas veces delante de mí — acerca de lo que yo llamaría con una palabra pedante, la ley de las semejanzas. Steno pretendía que dos seres, si tienen entre sí profunda similitud de facciones, de miradas, de gestos y de voz, tienen igual similitud en su destino. « Los individuos de la misma especie animal, decía, realizan siempre en toda circunstancia la misma clase de actos. » La experiencia me ha llevado á creer que tenía razón. Si no la tuviera, este pequeño relato conservaría con todo, según me parece, un interés de curiosidad sentimental. Lo transcribo tal como me lo decía ó casi, en una suave noche de verano ya no en Madrid, sino en la terraza de un restaurant de los campos Eliseos, en donde tanto conversé con él, con Barbey d'Aurevilly, Lord Lytton, Georges Brinquant, el escultor Maurice Ferrari, Luigi Gualdo... ¡ Cuántas sombras !...

— ... Ha de eso ya diez años, principió Steno. Yo era muy joven y aunque me esforzara en disimular esta flaqueza bajo el más imperturbable aplomo, muy tímido, con esa clase de timidez que proviene en aquella edad del exceso en la emoción. Añadiré que estaba muy enamorado. El objeto de mi amor era una gran dama inglesa que había tenido el capricho de establecerse en Venecia. No sé si usted la ha encontrado. Después de haber venido durante muchas estaciones seguidas, ya no pareció más. Pudiera decirle que era por causa mía, pero no tengo la vanidad de pensarlo. Lady Cyntia S... es inglesa y basta esto para explicarlo todo. No hay nadie como los ingleses para hacerse un *home* pasajero donde se les cree que están establecidos para siempre, á causa del gran genio de instalación que han demostrado. El mejor día deshacen estas moradas lo mismo que las han hecho y las vuelven á construir en otra parte. Según las últimas noticias, lady Cyntia habita en una hacienda del África del Sur. Hace quince años ocupaba el primer piso del colosal palacio Navagero, no muy lejos de la *Madonna dell'Orto*, con uno de esos estrechos jardines umbrios como no existen casi más que en Venecia. Se saborea más deliciosamente la frescura y el color en este paisaje de aguas muertas y de piedras, hallando un encanto conmovedor

en una hoja que se mueve, en una mata de claveles que tiembla al borde de la laguna, en el canto de un pájaro que revolotea en las ramas. Es la poesía de la vida evocada en una ciudad donde todo canta la poesía de la muerte. En mi infancia conocí este jardín, abandonado como el palacio. Mi primo, el viejo Alvise Navagero habitaba esta gloriosa casa *á la buona* como decimos nosotros. Desde el momento en que Lady Cyntia tuvo el capricho de alquilar el « piso noble » el *piano nobile*, el sitio cambió de aspecto. Sin embargo, nada de lo que había de venerable se echó á perder. La energía británica bien pronto hizo limpiar la fachada, las habitaciones y las avenidas del jardín. Muebles, tapicerías, cuadros, volvieron á aparecer bajo los techos pintados al fresco, por Tiépolo nada menos. Bancos de mármol y estatuas surgieron en el jardín. Fué una de esas restauraciones que en nada alteran la conmovedora vetustez de las cosas... Le digo esto para hacerle comprender, á usted que conoce Venecia, qué marco exquisito formaba este rincón retirado de la ciudad : — Las piedras rojas del palacio, el agua glauca y dormida del delgado canal, los espesos grupos de las verdes encinas — y en esta decoración la maravillosa flor de aristocracia que era entonces esta admirable joven. Tenía veintinueve años, cabellos rubios del color de ese oro de oscuro reflejo que ha sabido pintar Giorgione. Alta, con el talle elevado, sus grandes ojos azules color de pervinca, casi morado, tenía una mirada á la par infantil y altiva. Sus facciones eran delicadas, finas, en un semblante de Diana cazadora. ¡ Y qué tez de frescura inverosímil, uno de esos cutis de hija de las olas que la existencia al aire libre ha conservado tan blanco, tan rosado, tan transparente, enriqueciendo en ellos la sangre en vez de quemarla ! ¡ Y qué apostura ! Lady Cyntia desplegaba en el menor gesto esa audacia natural en una raza habituada desde siglos á la dominación, esa altiva soltura que distingue á las mujeres nacidas como ella, entre todos los privilegios de la precedencia hereditaria y de la sólida fortuna. Muchas veces al verla pasar en su góndola tuve la evidencia física de la identidad entre estas dos reinas de los mares, la Inglaterra de hoy y la Venecia de antaño ! ¡ Ay ! apoyada en

almohadones, con la masa de sus cabellos leonados iluminada por el sol, vestida de tejidos de colores vivos, que agradaban á su gusto atrevido, me parecía como la hermana de aquellas dogaresas ilustres, una Zelia Priuli, una Loredana Mocenigo, una Morosina Morosini que los cronistas nos describen yendo de su palacio al Bucentáuro con trajes espléndidos, bordados con piedras preciosas. *Rendeva luce dove si trovava*, decía uno de esos cronistas á propósito de una de ellas. « Iradiaba luz en donde se hallaba... » No me vienen nunca esas palabras á la memoria sin que se me presente la imagen de Lady Cyntia. ¡ Ah ! ¡ qué hermosa era !

Ya le he dicho que yo era tímido. Le daré de ello una prueba convincente, cuando añada que habitando en Venecia, recibido en casa de Lady Cyntia y encontrándola en todas partes en sociedad, me he quedado un año, ¿oye usted? un año, sin atreverme á darle á conocer la pasión que se había apoderado de mí desde la primera vez que la vi.

Quando m'apparve amor súbitamente (1)...

Recuerdo que me repetía sin cesar este verso del Dante en esta época. Era mi historia toda. Había recibido el flechazo del amor. Recuerdo perfectamente también, en el teatro de la Fenice, uno de los estrenos del Otelo de Verdi cantado por Tamagno, como ya nadie lo cantará. Volví de una excursión por Francia. Las cartas de mis amigos me habían dado cuenta de la presencia de una lady Cyntia en Venecia, pero sin detalles. No la había visto nunca. Entré en el palco de mi madre. Miré la sala con mis gemelos, al azar, y he aquí que encuentro en el campo de ellos, esos cabellos de oro y esos ojos azules, esa cara de cielo, esos hombros. ¿Quién es? pregunté. Nada más que al hacer esta pregunta insignificante me latía el corazón, como si el timbre solo de mi voz fuera á revelar mis sentimientos. Me contestan con mucha naturalidad: es lady Cyntia S... ¿Creerá usted que durante años enteros no pude pensar siquiera en este minuto sin que la emoción me ahogase? Ahora, ve usted, ahora, se lo cuento

(1) Cuando me apareció el Amor súbitamente.



Muchas veces al verla pasar en su góndola... (pág. 175).

como si se tratara de otro. ¡Qué lecciones de desilusión dan estos contrastes entre nuestras antiguas desesperaciones y las tranquilidades actuales! Desde el día en que se sabe que no hay eternos sentimientos, se sabe también que no hay felicidad eterna, y entonces sí que se ha concluido la juventud...

¡Ay! otra vez... En ese tiempo mi juventud estaba ya muy gastada. Lo hago constar á distancia, acordándome de que mi primer cuidado después de esta función fué el de interrogar prudentemente acá y allá acerca de aquella mujer, cuya belleza me había emocionado de tal suerte. Venecia es, bien lo sabe usted, la ciudad por excelencia de los *pettegolezze*, modo pintoresco de traducir vuestra palabra tan fea : chismes. Mi buena suerte quiso que esta indagación no me revelara nada malo. ¡Me hubiera hecho tanto daño la más leve crítica! No recogí ninguna. Desde su llegada entre nosotros lady Cyntia no se había dejado hacer la corte por nadie. Era casada y mal casada con un coronel que residía en las Indias. No tenía hijos y muy rica por su padre, que era lord V... permítame usted que calle todavía su nombre, vivía en una absoluta independencia que defendía celosamente. Su fisonomía altiva, casi virginal, y un poco arisca, concordaba muy bien con esta leyenda. Basta mirar en torno nuestro para saber que una desilusión física en el matrimonio comunica casi siempre á la mujer que la ha sufrido una aprensión invencible contra el amor. ¿Era ese el caso de lady Cyntia? Pronto me convencí de ello mediante pequeños indicios, después que le hube sido presentado. Primero, su modo de conversar con los hombres. Más ruda que graciosa, y tan distante, tan sobre sí — el movimiento atrás de sus dedos cuando daba la mano. La frialdad de su mirada menos desconfiada sin embargo que velada, — el cuidado que tenía en sus pláticas de evitar toda alusión á las cosas sentimentales. Cuarenta y ocho horas no habían pasado de esta presentación, y ya esta certidumbre se me había impuesto. Á la primera palabra atrevida pronunciada en su presencia, ya no me recibiría. Á cada una de mis visitas al palacio Navagero, esta convicción aumentó en mí. Las multiplicaba en los meses de verano, luego en el otoño que lady Cyntia pasó en este palacio, que había

llegado á ser para mí el centro del mundo. Bien pronto todo mi tiempo fué combinado en vista del momento en el cual me hallaría al lado suyo, en su casa cuando me era posible, y si no en el teatro, en una casa de amigos en el Lido, en la Plaza. El instante tan apasionadamente deseado llegaba por fin. Cyntia estaba al lado mío, la oía hablar, con sólo mirarla, observar su respiración, sus movimientos, la intensidad de mis deseos me paralizaba, tanto como el terror de que los adivinase. Mil veces me dije después de esos encuentros : « Hay que huir de ella. » Porque esta impresión me llegó á ser bien pronto dolorosa; pero me quedaba. Cuando ella salía de Venecia, las semanas de ausencia eran siglos para mí. No descansaba hasta encontrarme cerca del sitio donde habitaba ella en Londres, en Escocia, ó en Noruega. La volvía á ver y de nuevo ocurría esta incomprensible mezcla de apasionado ardor y de espanto. Sobre todo, la certidumbre de que yo no existía para ella. Á veces me repetía : « Es imposible que no haya comprendido que la amo y si no me ha echado es que mi amor no la desagrade, ¿y si me atreviera?... » Yo me contestaba á mí mismo : « Ella no ve nada, no comprende nada. Es tan indiferente que no me otorga más atención que á un transeunte. ¿Á qué hacer que me diga que no me ama, que no me amará nunca? Cuando realmente no pueda soportar esto, me iré... » Y no me iba.

Hacia, pues, un año que llevaba esta existencia, la más miserable que he conocido. El amor traicionado, pero que ha gustado de la embriaguez de la posesión, hiere con el horrible dolor de una herida sangrienta. El amor rechazado, pero declarado, halla fuerza en el hecho de haberse decidido á obrar. Este desastre es una verdad, cabe apoyarse en él para tomar un partido, pero este amor sin alegrías ni desgracias, tal como lo sentía yo, esta eterna demora ante la confesión, estas alternativas apasionadas y silenciosas de voluntades abandonadas en el acto, y de renunciadas jamás sinceras, este vaivén de la sensibilidad siempre engañada en su arranque y renovándolo sin cesar; ¡qué gasto de fuerza al cabo de meses y meses! ¡qué cansancio! Le ahorro una elegía retrospectiva tanto menos interesante cuanto que el final de esta agonía íntima de-

pendía de mí. Tuve de ello un signo demasiado evidente después. No tenía más que mirar mejor... Oiga usted. De nuevo habíamos llegado á fines del mes de mayo, que fué muy caluroso aquel año en mi tierra. Lady Cyntia acababa de marchar para Londres, y, naturalmente, yo me había puesto en camino hacia Inglaterra con escala en París, para no tener demasiada apariencia de seguirla. Menos de ocho días después de mi llegada aquí, tropecé en la calle de la Paz una mañana al salir del hotel, con una persona que usted ha conocido y con la cual había estrechado yo relaciones durante esta primavera misma, su colega y amigo de usted Claudio Lacher. Usted sabe que era el amante de Coleta Rigaud. — ¡Que bonita estaba en el *Chichisveo*! Usted sabe también qué impulsivo era. No extrañé, pues, demasiado, aunque nosotros usamos de más ceremonias, el calor con que me dijo :

— ¿Está usted en París, querido conde? ¡Qué buena suerte! Hay ensayo general en el teatro Francés. Tengo un palco. Me lo llevo á usted, ¿quiere usted venir? Es final de temporada y la pieza no es muy buena, creo. Con todo, es una pequeña curiosidad...

Acepté. No voy ahora á hacer frases acerca del Destino. Tenemos en Italia un refrán que dice : « Cuando se debe romper uno el cuello, siempre se encuentra una escalera. » (*Quando s'ha a rumpere il collo, si trova la scala.*) Á eso de las dos entré en la Comedia. Juzgue usted de mi emoción cuando conocí — no encuentro otra palabra — á una de las artistas; la llamaré Luciana con el permiso de usted. Se ha retirado hoy del teatro y está casada. Era, con todas las diferencias de traje, de raza y de condición, una copia exacta de Lady Cyntia; la misma hermosura algo infantil y arisca, la misma cabellera de oro con reflejos ardientes, la misma altivez en los ojos, el porte de la cabeza, la boca, y me oí pronunciar con la misma voz ahogada que había tenido en Venecia, en el palco de la *Fenice*; ¡qué extraña analogía ! :

— ¿Quién es?

— Si es Luciana, me contestó Claudio, y añadió probando con esto que mi pasión no me hacía ser víctima de un espejismo : « ¿No es verdad que se parece mucho á nuestra amiga de Venecia la hermosa Lady Cyntia?...



... creí que iba á morir. (pág. 184.)

— Un poco, en efecto, contesté con voz firme y clara esta vez. Defendía mi secreto mientras Lacher proseguía :

— Es una extraña mujer. ¿Qué le habrá pasado en su vida? Pudiera pensarse que muy joven pasó por algo muy amargo; que ha sido brutalizada, torturada y que se asusta del amor... ¡ Oh, no es una virtud! Le falta bastante para ello. Está mantenida por uno de los Mosé, *ad pompam*, para hablar como nuestros padres. Llega á su casa para que le cuente ella los chismes del día, todas las mañanas durante una

hora. Cuenta cerca de setenta años, pero con dos millones de renta. — Y tiene á Luciana como tiene caballos de carrera. Mírele usted en este palco proscenio. ¡Qué feísimo es, Dios mío!... Pero ella ¡qué hermosa! Y como viera que yo no dejaba de mirarla con los gemelos, dijo : « Es muy amiga de Colette, ¿quiere usted

que procure que venga á cenar con nosotros esta noche después del ensayo? ¿Está usted libre? Caramba, si ella lo está también, comeremos las cuatro en el café Inglés. ¡Oh! no será la *Calcina* con su parra, el mirlo que silba en su jaula de caña y este vino de Valpolicella, que el mozo calificaba graciosamente de *amabile!* ¿Usted se acuerda? No se haga usted ilusiones, Luciana no tiene tampoco nada de común con la Veronese y perderá el tiempo si le hace la corte. Pero es muy agradable, vista de cerca...

No sospechaba Lacher cuánto me conmovía esta evocación de Venecia en este momento, y mientras tenía delante de la vista á esta hermana, por el semblante, de aquella á quien yo amaba. No era, como puede usted comprender, ni el recuerdo de este pequeño restaurant en los *fondamenta alle Zattere*, ni el de una bastante bonita bailarina muy galante que no había resistido mucho á Claudio. No. Era este parecido más íntimo todavía y más profundo que me había imaginado que iba de las facciones á los rasgos de carácter y hasta al Destino. Una especie de emoción muy análoga á la que siempre se apoderaba de mí al lado de Lady Cynthia, empezaba á invadirme. Deseaba y temía á la par esta escena improvisada por el complaciente Claudio Lacher. Deseaba que Luciana estuviera libre y pudiera aceptar la invitación, y también que no pudiera, cuando, después del entreacto, volvió Claudio diciéndome que aceptaba y que la cena tendría lugar. No hubiera podido decir si me causaba placer ó disgusto. Aún me estoy viendo cuando en el último minuto me senté delante de mi escritorio para garabatear cuatro letras de excusa á mi anfitrión. Llamé con la intención de mandar este mensaje al café Inglés. El *boy* del hotel llegó y lo mandé por un coche para no llegar tarde á la cena. Cinco minutos más tarde, el vehículo me llevaba hacia el restaurant y tiré por la ventanilla los fragmentos de mi carta de excusa.

No espere usted que le cuente una de estas substituciones de mujeres, como se producen con tanta frecuencia cuando un enamorado encuentra en cierto mundo, ó aun más bajo, una criatura que representa á la que ama. No. Fue á la par más complicado y más sencillo. En un mo-

mento de la cena, mientras admiraba hasta qué punto Luciana tenía en sus menores gestos la timidez y la fiereza de Lady Cynthia, un involuntario movimiento me hizo tocar su pie con el mío por debajo de la mesa. Me miró. Sus ojos expresaban esa especie de admiración un poco emocionada que es como la ansiedad de la hembra que va á ser perseguida por el macho. Había retirado su pie. Me atreví á acercar de nuevo el mío, esta vez voluntariamente. Me miró otra vez, pero ya no lo retiró. Cayó en un silencio acerca del cual Colette Rigaud, más sabia psicóloga que su amigo y que yo, no se equivocó, pues dos horas más tarde halló el medio de meterme en un coche con su camarada y las doce no habían dado cuando esta mujer, de la cual Claudio me había anunciado que no se le conocían aventuras, y que la horrorizaba el amor, se entregaba á mí con tan desenfadada pasión como grande había sido primero su reserva. ¡Le había sido presentado á las ocho! Sin duda adivina usted la conclusión de esta historia. Me separé de Luciana, prometiéndole reunirme á ella á la noche en la Comedia, donde tenía un papel en la pieza del ensayo general de la vispera. En cuanto llegué á mi hotel, ordené á mi ayuda de cámara que hiciese mi baúl y pidiera la cuenta. Con solo el tiempo de pasar á casa de un joyero para mandar una alhaja á mi conquista de la noche, con una carta de excusa pretextando un telegrama recibido y la necesidad de una partida inmediata, me hallaba en el expreso de Calais. Es la sola circunstancia de mi vida en que he sido brutal en una ruptura; pero ya no tenía más que una idea en el espíritu y en el corazón: *Me equivocaba desde hacía un año acerca de Lady Cynthia.* Que hubiera agradado con esta fulminante rapidez á su copia y que ésta me lo hubiera ocultado primero bajo su careta de fría altivez, para ceder á mi primer gesto de audacia, constituía para mí la certidumbre de que Lady Cynthia me amaba también. Á lo menos había la posibilidad de ello... ¡Ah! seré muy viejo, estaré muy gastado cuando ya no me estremezco recordando mi llegada á Londres, y cuando me dirigi hacia la casa que habitaba ella junto á Hyde Park. En esta bonita residencia, decorada por Adam, dejaba ella de ser el Giorgione para convertirse en el más encantador de los Reynolds... Estaba sola. Me

recibió como en el palacio Navagero, con este semblante impassible, los ojos distraídos, este arisco pudor. En un minuto, volviéndome á acordar de Luciana y del parecido que entre ellas existía, me atreví á hablarle de mis sentimientos. Sorprendo en sus ojos la mirada de *la otra* cuando nuestros pies se habian encontrado debajo de la mesa. Le tomo la mano, no la retira ella y, llevado por la locura, mis labios se posan en los suyos. Oprimió ella su corazón con la mano como para sujetar sus latidos. Se puso pálida hasta el punto de que creí que iba á morir. ¡ Pero me había devuelto el beso !...

¡ Cuantas veces he procurado saber de Cyntia desde entonces, concluyó Miguel Steno después de permanecer silencioso durante un rato, porque me había ocultado sus sentimientos tanto tiempo ! Pues bien, no tardó en confesarme que me amaba desde el primer día.

— ¿ Y tú ? me contestó.

— Me dabas miedo, le contestaba yo.

— Y yo también sentía miedo, contestaba. ¡ mucho miedo ! y nunca omitía el preguntarme acerca del momento en el cual habia tomado yo repentinamente valor y cual era el motivo. Me he preguntado muchas veces qué es lo que hubiera ocurrido si le hubiera dicho la verdad. ¿ Se hubiera indignado ó enternecido ? Y también me pregunté muchas veces si no hubiera hecho mejor en gastar mi pasión por ella con su semejante, y prolongar mi aventura con la pobre actriz, que no me hubiera dado más que placer, mientras mis relaciones con Lady Cyntia tuvieron episodios muy crueles. Pero no se ama para ser feliz. Es otro proverbio de mi país : « El amor no procura honor á nadie y á todos causa dolor » (*L'amore à nessuno fa onore e a tutti fa dolore.*) Y sin embargo, sin este dolor, ¿ valdría la pena de haber vivido ?

II — La Ponzonia

I

AQUELLA tarde Federico Moysset había almorzado en el círculo. Se estaba á principios del mes de Agosto. Vuelto á Francia desde mediados de Julio, después de larga ausencia — había pasado siete meses en el yate de un amigo en el Océano Índico y los mares del Japón — Moysset estaba detenido en París á causa de unos asuntos. La estancia en esta ciudad, casi vacía en estos momentos del año, no le desagradaba. Aunque perteneciera al mundo menos interesante, el de los vividores ricos, Federico era precisamente todo lo contrario de un ser vulgar. Hijo de un poderoso industrial del Norte, tenía en su fisiología de hombre muy moreno, la evidencia de un atavismo español. Flandes ha pertenecido á Carlos V y á Felipe II. He aquí como se explica una herencia que daba á este simple burgués, oriundo de Lille, la tez pálida y los ojos negros de un caballero de los *Caprichos*. Había algo de moro en aquel joven de huesos finos, bajo de estatura, flexible en los movimientos y que tomaba naturalmente la actitud tranquila y altiva de los árabes de gran raza. Este semblante serio, casi trágico, parecía desmentido por la llaneza habitual de Moysset, que no tenía casi otra conversación que la de un hombre de club y de sport y por su modo de vivir, que era el de un soltero de su edad y de su clase. Por ciertos signos, sin embargo, se comprendía en él ciertas inesperadas cualidades en el carácter. Un fondo de ardor, casi de salvajismo, que se traducía por el amor al peligro, una sensibilidad muy cercana á la violencia, que lo hacía á veces muy duro en las